

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Unidad Iztapalapa

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

“EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO”

TESINA

Que para obtener el título de
Licenciado en Filosofía

PRESENTA

Silvia López Villarreal

México, D.F. Junio - 1997

EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

- I. INTRODUCCIÓN.**
- II. UNA REALIDAD DEPENDIENTE VISTA DESDE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.**
- III. ALGUNOS ENFOQUES HISTÓRICOS.**
- IV. FUNDAMENTOS EN TORNO A LA BÚSQUEDA DE UNA IDENTIDAD EN AMÉRICA LATINA.**
- V. VALORES UNIVERSALES SOBRE EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO.**
- VI. CONDICIONES REALES Y DE POSIBILIDAD PARA UNA FILOSOFÍA ACTUAL EN AMÉRICA LATINA.**
- VII. CONCLUSIONES.**
- VIII. BIBLIOGRAFÍA.**

INTRODUCCIÓN

El tema de este breve trabajo fue escogido por la sustentante, inducida por dos tipos de intereses. Uno, bajo el imperativo de indagar en torno a la afirmación repetidamente hecha, de que en nuestro continente hay originalidad filosófica, pensamiento existente que le da consistencia a la definida individualidad de todos nuestros pueblos latino americanos y dos, el deseo de cumplir con la exigencia académica impuesta como condición para obtener los estudios de Licenciatura en Filosofía que he concluido.

En los cinco capítulos que siguen me pongo a revisar, aunque lógicamente, lo que se ha dicho sobre las eminentes cuestiones de vital importancia, además, en torno a los anhelos de universalidad a que aspira tal pensamiento que reclama valor filosófico; y de paso, impugna en la medida que le es dable a quien incursiona apenas en esta área de la ciencia, a los que con precipitación han sostenido la carencia de nuestra originalidad filosófica, en base a los argumentos de creer en que: a) No existe entre nuestros pensadores continentales actitud suficiente para el pensamiento abstracto, b) Sobre no existir tal eficacia, tampoco hay vocación incita en la conciencia de los investigadores continentales, y c) No hay vocación para pensar filosóficamente aquí.

Este esfuerzo, pues, estará encaminado por la convicción de afirmar con Leopoldo Zea la existencia original y auténtica de un pensamiento propio de nuestros filósofos latino americanos. No se encontrarán las estructuras sistemáticas de los kantianos europeos o del hegelianismo riguroso, porque no son tales rigores y estructuras las filosofías que requieren éstos pueblos para alcanzar las altas metas que pretenden.

Si fundamos la pretensión de que los “los pueblos hacen la filosofía que necesitan”, veremos que los diversos sistemas alentados para la creación y el desarrollo entre nosotros estarán encauzados hacia la búsqueda, de una urgente identidad de estos pueblos, y después hacia el logro de ciertos valores concrecionados en alcanzar la libertad más clara y amplia; una nítida independencia; una indiscutible autonomía; aspiraciones son éstas de la más alta consideración humana y de gran trascendencia entre los valores que considera el hombre para una existencia relevante y digna.

CAPITULO I

UNIVERSALIDAD TEMÁTICA DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO EN AMÉRICA LATINA.

No ha sido fácil para los pensadores de nuestra América discernir con claridad sobre si existe o no un pensamiento filosófico original producto de la circunstancia americana, estructurado por filósofos continentales. La pregunta que aparece en el escrito de José Carlo Mariátegui "Existe un pensamiento Latinoamericano ?", ha venido repitiéndose con insistencia, desde las naciones sudamericanas, hasta Norteamérica, pasando por los breves países centroamericanos. La pregunta de Mariátegui es no sólo el cuestionamiento sobre si tiene existencia o no, una filosofía que revele autenticidad en torno a lo que debemos comprender por lo hispanoamericano, sino, es además, un hondo planteamiento fundamental sobre cuya respuesta tendrá necesariamente que erigirse una filosofía propia americana cualquiera que sea la respuesta. Leopoldo Zea, pensador mexicano, sostiene entre los postulados de su pensamiento que la sola pregunta hecha con la forma dada por Mariátegui, y la respuesta consiguiente en cualquiera de los términos que se dé ésta, con eso solo está dándose el principio de un filosofar.

Pedro Henríquez Ureña, escribió en "La Utopía de América", conceptos que no parecen estar muy acordes con un criterio afirmante en torno a la existencia de un pensamiento característicamente hispanoamericano. El señalamiento que hace sobre la carente originalidad nuestra, es tan remoto quizá como el propio número de años que lleva nuestro continente significándose como un NUEVO MUNDO. No existe atrevido que niegue la existencia de un pensamiento francés, de una filosofía alemana, inglesa, etc.; pero lo que no es igualmente unitario se refiere a esta pretendida existencia de un pensamiento latinoamericano.

Acaso lo anterior sea lo resultante de considerar que todos los pensadores, o bien la mayoría de los filósofos de nuestra América, se han formado en escuelas europeas. Quienes observan tal fenómeno con actitud crítica, no hallan en la obra que realizan, el espíritu americano, ni las esencias de la raza. Por esto hablan de la producción intelectual americana carece de rasgos propios, sin originalidad en sus perfiles, y aducen como prueba cualquier análisis, por somero que se haga, sobre lo que propagan estos autores en la cátedra y sus libros.

Pudiera decirse en palabras del peruano Francisco Miró Quesada, que del modo con el espíritu hispanoamericano está en elaboración, igualmente el pensamiento que de cualquier modo emerge de esta tierra, esta en formación también. Por lo demás, una respuesta cómoda, aunque no válida, al planteamiento de Mariátegui, sería afirmar la declinación del debate que, según algunos, comienza a esclarecer los diferentes puntos del continente, ni tampoco debemos pronunciarnos en favor de la ficción de afirmar como ya resuelta la cuestión. Quizás tengan que pasar nuevos tiempos para que sean pensadores del futuro los que agreguen, a los que ya se tienen, proyectos nuevos,

novedosas teorías y reflexiones más amplias sobre la afirmación de la existencia filosófica original en nuestra América con su debida comprobación.

Esta exigencia de originalidad a la que José Gaos llama en su publicación "Filosofía Americana ?", pretensión universal, en virtud de que, países europeos y de otros continentes, desean en lo particular encontrarse huellas de pensamiento original, aún cuando su maestro José Ortega y Gasset, refiere como razón de esta búsqueda el establecimiento de un programa de "salvación de las circunstancias", refiriéndose concretamente a la española, por el recurso de la filosofía. Algunas expresiones concluyentes de Gaos, que adelantamos ahora, pero situaremos después, estarán encaminadas al sentir de que la justa preocupación de los autores no debe enderezarse a construir una filosofía original, nacional, española o americana, sino en todo caso integrar lo filosófico de la filosofía. Hacer filosofía, o más claramente, hacerla por pensadores de América y sobre lo americano.

No faltaron pensadores que mirarán el trasunto de una contradicción en la exigencia de hallar lo universal, como lo es la filosofía, en lo concreto, como es lo particular. Sin embargo, la indagación de nuestros investigadores se fincaban en la exigencia de examinar nuestra realidad concreta para revelar dentro de ella, lo que tuviera de común, con manifestaciones de otras realidades. Esta inquietud se manifestó de manera expresa en quienes Zea llamó los grandes patriarcas de la filosofía que fueron los que tornaron consciente la dimensión de esta universalidad reclamada, y que se expresa en el destino ofrecido a la consideración de los pueblos latinoamericanos por Rodó, Vasconcelos, Caso, González Prada, y otros. Universalidad que debía extenderse como máxima extensión de lo humano, con amplio sentido de todo cuanto se relacionara con esta

amplitud del concepto, y en el que se implica rechazada la universalidad por los causes de la imitación.

Tal universalidad no debe ser entendida como propia de una sola cultura, nacionalidad, o grupo humano, con exclusión de los demás. Zea rechaza expresamente la idea de ese exclusivismo que "Debe ser combatido y mostrado como algo opuesto a lo universal, como una señal de limitación".(1)

Pueblos hubo, como la antigua China, que se pronunciaron por vivir en el aislamiento que los llevó a ignorar el resto del mundo y que, sin embargo, hicieron de este apartamiento, eficaz soporte del fundamento de universalidad. Los pueblos y todos los hombres han de afirmar su derecho de integrarse en la universalidad, que, no solamente exigen las naciones, sino reclaman los continentes y aún el mundo entero. Hay una oposición implícita en el espíritu humano a los exclusivismo de la cultura y en general del conocimiento, pues la auténtica filosofía jamás podrá estigmatizarse como prejuicios culturales o raciales.

La auténtica universalidad "Trasciende lo concreto; pero se apoya en él" (Zea). Por esta razón, el filósofo mexicano aludido, señala que "Hacer de lo concreto lo universal es tan erróneo como pensar que a lo universal se llega anulando lo concreto, desconociéndole, ignorándolo".(2)

En la obra escrita por Vasconcelos "Necesidad de una filosofía Iberoamericana", se refiere el error que condujo a una situación señalada en las líneas anteriores, diciendo que el yerro que produjo esta confusión, había surgido, tanto en Europa, mostrándose maestra, como en América, asumiéndose como discípula. Los pensadores europeos estaban seguros que sus expresiones necesariamente contenían una concepción radicalmente universal; en

tanto que, América Latina, por su parte, seguía el cause de una negociación así misma, o por lo menos desvalorización de su pensamiento, para tomar como propios los supuestos universales de la cultura europea. No se aceptaba como procedente un término medio en donde se diera la concepción de un pensamiento propio, concreto, con la universalidad contenida en una nueva filosofía a la que se aportarían elementos conceptuales útiles para hacerla auténticamente universal.

Rodó y Vasconcelos coincidieron en señalar que no debe hacerse de lo concreto lo universal; pero hay que ir a lo universal, partiendo de lo concreto. Cuando Latinoamérica relegó de la conciencia esta necesidad de tornar compatibles ambos elementos, no estaba sino renunciando a hacer lo que ella misma era.

El pensador mexicano, José Vasconcelos, sitúa, en su "Razocósmica", a la comunidad latinoamericana en capacidad de entregar a la universalidad del pensamiento considerables aportaciones sin limitar, para que ello fuera posible, a lo concreto de una patria. Estos pueblos, que mediante revoluciones sucesivas habrían de formar una raza universal carente de prejuicios racistas. A lo anterior, Antonio Caso observa la necesidad de que los mexicanos no debían olvidar que la patria es primero antes que la raza, como la raza es primero antes que la humanidad, y que Zea sintetiza diciendo: "De lo concreto debe pasarse a lo menos concreto y de ahí a lo universal".

En esta expresión puede entenderse con claridad que la particularidad y lo concreto de las cosas, son puntos de donde se parte al encuentro de la requerida universalidad del pensamiento filosófico.

En estas consideraciones hechas y las que se expondrán enseguida, se vea que todos los pueblos aspiran al logro de la más auténtica y legítima universalidad. Las naciones continentales de nuestra América no podían marginarse de esta aspiración profundamente humana en la que, ningún ideal de auténtico valor filosófico, y por tanto universal, debe ser ajeno a ningún pueblo, pero cada uno de ellos tendrá que tomar como soporte de sus respectivas culturas lo concreto de cada pueblo. Aspirar a todo, pero asimilando a lo que se es en concreto.

“Lo peor es la imitación con olvido de sí mismo”, (L.. Zea). Antonio Caso indica que la imitación debe darse, siempre y cuando no puede hacerse otra cosa; pero enfatiza que aún limitando, se inventa en parte al adaptar el pensamiento a una realidad social particular y concreta; en tal idea finca el maestro Caso el llamado que hace a los idealistas empeñados en salvar repúblicas latinoamericanas, en el sentido de que “nuestras costumbres y nuestras tradiciones, nuestras esperanzas y nuestros anhelos, es lo que somos en verdad”(3), que es en lo que se funda la valoración de lo propio y lo concreto sin menosprecio y desdoro de lo que son los otros.

Tales posiciones del pensamiento filosófico latinoamericano es exclusividad de los que en México han realizado este quehacer, sino acción participativa de otros filósofos que en América Latino realizaron reflexiones sobre la temática de la universalidad del pensamiento filosófico en nuestro continente; el argentino Alejandro Korn, entre ellos, y fundador de la filosofía latinoamericana de nuestro tiempo; Alberdi, Sarmiento, Lastarria y otros, han sostenido igualmente las tesis que muestran estrechas similitudes en cuando a la tendencia y búsqueda de generalidades, eludiendo la falacia que lleva a la imitación; buscar la

solución a los propios problemas por complejos que éstos san, sin el “complejo de inferioridad que le permita incorporarse a una tarea universal”.

La filosofía europea asimilada en América Latina, adquiere, según el uruguayo Arturo Ardao, un impulso originante de grandes movimientos sobre temas de reflexión fundamental que, al aplicarse al estudio del pensamiento latinoamericano, nos desconoce la universalidad de esos filósofos que inducen la comprensión de las culturas ajenas, sino que le permite colaborar en gran medida en la universalidad de la filosofía aportándole lo que es propio, dado que Latinoamérica posee una filosofía propia, aunque “la tiene igualmente de manera especialísima ateniéndose al estudio de problemas continentales concretos” (4).

Con un poco de anticipación debemos, en este trabajo, con la brevedad del presente capítulo, expresar la idea de que Latinoamérica se incorpora por el recurso de la asimilación, las corrientes de pensamiento que estudian, y aún las doctrinas y sistemas filosóficos, en primer término, y hasta de otras procedencias que le han resultado útiles para efectos propios en la búsqueda de soluciones; asimismo, aporta los recursos que son producto de su invención. Por otra parte se considera la ventaja que las culturas europeas alcanzan en Latinoamérica de significarse como el recurso eficaz para la conservación de las viejas culturas, aquellas amenazadas de disgregación en continentes viejos como Europa.

De esta manera los pensadores latinoamericanos han sostenido su actitud para afirmar la vigencia de culturas de suyo apreciables como la europea, pero rejuveneciéndolas al dotarlas de nuevas perspectivas exegéticas, recreándolas de esta manera. El filósofo mexicano Samuel Ramos, sostuvo, al señalar los grandes aportes de nuestra cultura a la cultura

universal, que : “cuando el artista acierta a captar las notas más individuales de su raza, en ese mismo instante su obra adquiere una trascendencia universal”.(5)

Entre los propósitos de la filosofía latinoamérica está hallarle solución a los problemas que nos interesan, seguros de que no serán otros los que vengan a resolverlos; tienen que ser los de aquí quienes lo diluciden con las propias fuerzas. Nadie aceptaría jamás vivir permanentemente sojuzgado a pensamientos extraños, sino que tienen que ser los antecedentes de nuestros pueblos los que conformen la dirección filosófica que deba seguirse para la prosperidad de Latinoamérica.

Débase entender que no se plantea un desprendimiento tajante con el pensamiento europeo, sino de asimilárselo para ponerlo al servicio de resoluciones a nuestra problemática continental. Podrán adoptarse doctrinas filosofías sin sólo repetirlas o imitarlas, sino adaptarlas a una realidad cuyos problemas tienen un sentido particular que en la búsqueda de nuestro propio ambiente deberán encontrarse soluciones y arreglos a la problemática continental.

El filósofo brasileño Joao Cruz Costa, en su esbozo histórico, dice que: “América no es Europa aunque sus raíces se encuentren en ella. Sin necesidad de romper con esas raíces será menester, definir, perfilar, con toda claridad el resultado de ese encuentro, de la asimilación alcanzada”. (6)

Es de considerarse aceptable que, si bien nuestra cultura provino de los fundadores europeos, la civilización de mestizó derivando otra que ya no fue europea, sino modificada por la concurrencia de razas autóctonas americanas, lo que finalmente derivó en la creación de las nacionalidades que se tienen hoy. La filosofía europea pues, y su asimilación por

los latinoamericanos adquiere un nuevo sentido; su estudio no implica desconocer la universalidad de sus filosofemas, todo lo contrario, por lo que en ella se encuentra la universalidad hasta hacernos comprender, no solamente otras culturas, sino todas las que se impliquen en el pensamiento de la totalidad de nuestro mundo.

En síntesis: "El latinoamericano no sólo asimila y hace suya la cultura y la filosofía europea para darle su propio aporte, sino que representó la única salida vital a una cultura y a la filosofía que se desintegraba en el viejo continente" (7).

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- 1 Zea, Leopoldo.- El pensamiento latinoamericano. Colección Demos. Editorial Ariel. Barcelona. 1976. Pág. 431
- 2 Opa. cita. pág. 432.
- 3 Caso, Antonio.- México. Apuntamientos de cultura patria. UNAM. México 1971.
- 4 Ardao, Arturo.- " El historicismo en la filosofía americana " en Cuadernos Americanos. México. Julio-Agosto. 1946
- 5 Ramos, Samuel. - Hacia un nuevo humanismo. UNAM, México. 1971
- 6 Cruz Costa, Joao.- Esbozo de una Historia de las ideas en el Brasil. México. 1957.
- 7 Zea, Leopoldo. El Pensamiento latinoamericano. Editorial Ariel. México. 1976

CAPITULO II

UNA REALIDAD DEPENDIENTE, VISTA DESDE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

Si hemos de aceptar que en el devenir histórico los hechos de relevancia social y política van presentándose a la manera de las culturas, y del modo como Oswald Spengler lo concibe, “como creencias que nacen en una determinada época, tienen su juventud, su madurez y su muerte”, deberemos aceptar entonces, igualmente, “que esas creencias se alimentan de la sangre y de la vida de sus creyentes; pero un día estas creencias dejan de ser alimentadas, convirtiéndose en estructuras huecas en las que el hombre se hunde; lo que era suelo firme y seguro, se convierte en terreno falso e inseguro; lo que era vida se convierte en muerte, hay un anquilosamiento de las creencias” (8).

Este conocimiento de la filosofía de la historia, de nuestra historia vista con perspectiva filosófica y sometida al análisis con sentido de universalidad, tiene como tarea hacer tomar conciencia a los pueblos de sus propios límites, en nuestro caso como americanos para hacer evidente la ubicación que nos corresponde dentro del mundo de la cultura universal. Este modo de adquirir tal conocimiento nos llevará también a confrontar la imagen de sí mismos con los perfiles que

igualmente reflejan otras culturas. Nos servirá también para colegir los problemas implícitos a todo hombre.

Este afán cultivado en América sobre los anhelos de una cultura propia, puede conducirnos por el falso sendero que exigen las evidencias y desarrollo de una cultura autóctona, sin relación con ninguna otra. Este límite de nuestra cultura, no debe, en forma alguna, tomarse como un fin en sí mismo, sino en todo caso un punto inicial justificando la aspiración humana de universalidad.

En verdad que la primera relación objetiva de la cultura americana es el conocimiento de nuestra situación como pueblos concretos, de lo que necesariamente vamos a derivar la observación de nuestra dependencia con la cultura vista como extraña; pese a esto, hemos tratado de obtener siempre la solución a nuestros problemas de esta dependencia al parecernos que el mestizaje cultural propio es incapaz de lograrlo.

No han faltado autores, entre ellos el peruano Augusto Salazar Bondy que hablen de un coloniaje cultural impuesto por Europa para iniciar al fin el modo de ser y de pensar con perfiles propios. Para que esto sea posible, será preciso primero preguntarnos por lo que significa y los alcances que tienen la relación de América con la cultura europea. Habrá que ver si esta segunda, referida al pensamiento latinoamericano, es algo superpuesto, o tal vez sea esta relación con la cultura europea algo tan propio como pueda serlo un descendiente consanguíneo de su predecesor.

“Nuestra filosofía ha estado vinculada siempre a determinadas áreas de actividad cultural que pueden ser suficientemente precisadas”, - afirma Salazar Bondy - y prosigue “esta relación cultural se desplaza a la política ya

en la época cercana a la emancipación. Se vincula con la literatura a principios de la colonia; se relaciona con las ciencias sociales, naturales y matemáticas” (9). La anterior referencia del pensador peruano nos intenta demostrar la estrecha dependencia del conocimiento científico nuestro con el europeo. Con estos elementos de reflexión el mismo autor obtiene la derivación de rasgos negativos a que nos conduce, como es el sentido imitativo de cultura y filosofemas, al pensar como americanos sometidos a moldes teóricos conformados con antelación y enmarcados en la adopción de filosofías extranjeras suscritas en arquetipos preexistentes y repetida de esos modelos provenientes de Europa.

Otra consecuencia negativa señalada también por Salazar Bondy de nuestra adopción indiscriminada de culturas europeas, es la receptividad universal, consistente en la disposición franca y abierta de aceptar todo lo proveniente de los grandes centros de cultura occidental que necesariamente inducirá la ausencia de nuestros aportes originales en ideas y tesis nuevas incorporables a la tradición del pensamiento universal. “Filosofía hispanoamericana? -se pregunta Salazar Bondy-. No la hay todavía; es, como pensamiento con estilo propio, un proyecto (apenas) que tiene que hacerse realidad” (10).

Si el texto anterior del filósofo peruano se revela su convicción de una cultura filosófica en América, consecuente al fenómeno de la imitación. Tal idea se finca en su seguridad de que el hombre de este Nuevo Continente no ha sido capaz, hasta ahora, de cultivar ideas y doctrinas con originalidad filosófica, por causa dice, de la ineptitud o incapacidad de los de aquí; o bien, por carencia de vocación para la actividad reflexiva, lo que necesariamente explica, a juicio del peruano, la dependencia de nuestras formas de ser y de pensar, examinadas desde una filosofía de la historia.

Leopoldo Zea responde a esos planteamientos con su obra, "la filosofía americana como filosofía sin más", donde afirma que todo ha sido en el autor peruano resultante de entender parcialmente el sentido histórico de América; o bien, consecuencia de la infravaloración de lo que construimos y hacemos por ignorancia del sentido de nuestro devenir, y se opone, además, a aceptar que todo lo hecho en América Latina sea solamente una pésima imitación de lo europeo. La infravaloración y la autonegación de lo culturalmente no es propio como latinoamericana, conduce a la inevitable dependencia por considerar que la cultura nuestra es solamente un reflejo de la que nos es ajena.

La dependencia tiene también como causa y origen la elaboración de constates y diferentes planteamientos de problemas que reclaman el conocimiento de nuestra realidad para darle solución. Porque esta idea reiterada de la dependencia, no tan totalmente aceptada por todos los teóricos, ha querido ser superada por quienes advierten consecuencias y desventajas por diferentes causas y modos distintos. Unos negando su propia realidad y asumiendo modelos de comportamiento ajenos, provocando con esto lo que Zea llama yuxtaposición de realidades que no han sido previamente asimiladas. Otros, tomando consciencia de la convicción opresiva que viven derivado de un regateo de humanidad que padecen y de la marginación de la historia.

Es razonable pensar que con la expansión europea mediante el descubrimiento del Nuevo Mundo, Europa encontró un nuevo sentido a la historia, perspectiva de la no indaga con anterioridad, y halló también su propia humanidad. Lo de su historia va encauzada al logro de fines implícitos en el espíritu o simplemente en el pensamiento del hombre, porque es éste quien va a enfrentarse a su entorno para liberarse a

sí mismo. La superación de la lucha en la que se empecina el humano, es lo que Hegel llama el fin de la historia, y para Marx y Engels, el término de la prehistoria.

Los europeos consideraron la suya, historia por excelencia, hecha conciencia en sus autores y , por consiguiente, punto de partida para la tan pretendida liberación del espíritu del hombre. "Captar el sentido de esta historia, conocer su filosofía es autoconciencia, que conduce ésta a esa precitada realización del espíritu del hombre. Toma de conciencia que se ha hecho expresa en el hombre europea, como instrumento del espíritu o como realizador de su propia humanidad" (11).

El latinoamericano intentará absurdamente saltarse su propia experiencia, eludirla o ignorarla, incluso considerándola a veces ajena a sí mismo, en tanto que le parecerá la experiencia, extraña a un modelo que no ha vivido y que pretende apropiarse para asumirlo; este hombre americano pretende borrar su propio pasado y quiere hacer su presente como el de otros hombres y pueblos extraños. El pasado colonial, por ejemplo, es una etapa de la historia continental que los latinoamericanos pretenden negar sin asumir, induciéndose mediante este mecanismo la implicación de nueva forma de dependencia, en la que, "una colonización, (la pasada), toma el lugar de la colonización actual", (Zea).

Lo anterior hace pensar en lo que nuestros autores llamaron "extraña y absurda filosofía de la historia, ésta de los pueblos latinoamericanos". Y lo es por estar situado su punto de partida en una dependencia que tratan de sacudirse, pero mediante el yerro de asumir como propia una experiencia extraña, dándose con esta actitud la inevitable dependencia como forma nueva consecuencia a la equivocación eludida. "Una forma libre de dependencia, pero de dependencia al fin.

Libertad para elegir dependencia. Elección que conducirá, inclusive, a la larga lucha civil que azotará a nuestra América al término de la guerra por la dependencia" (12).

La historia de las ideas filosóficas no es sino la historia del hombre, de éste que Zea llama "de carne y hueso", en lucha constante, permanente con su circunstancia, en la que no importan sus anhelos, impulsos o emociones, sino sólo la vocación implícita en una historia referida toda a la conquista de poderío, al temor a sus fracasos, a sus ilusiones y decepciones, si bien, en la apariencia, tales impulsos nada tienen que ver con la historia de ideas.

Para Samuel Ramos, la filosofía desciende del mundo de los entes ideales hacia un mundo de entes concretos. Para el argentino Francisco Romero se advierte la necesidad de que Iberoamérica empezará a preocuparse por los temas que le son propios a la historia de su cultura y obtener de allí nuevas preocupaciones científicas. Con esos autores y otros que son numerosos, ha venido estableciéndose en América una especie de ambiente filosófico en el que se contienen temas que agitan el intelecto de los nuevos pensadores para desembocar en la creación filosófica. El asunto de la posibilidad o imposibilidad de una cultura americana, y de una filosofía americana, induce por sí mismo a la elaboración del pretendido pensamiento filosófico nuestro. En Efecto, las reflexiones de Ramos, Romeo y otros que trabajaron sobre el mismo tema, son de suyo filosofía americana. Principio y maduración de una cultura propia del hombre continental, que antes había vivido solamente a la sombra de una cultura europea quien, después de hallarse confiado en ella, le advierte el fracaso al encontrar su futuro vacío, ideas a las que el latinoamericano había prestado su fe y, al fin, se descubre la inutilidad, carencia de valor y el sin sentido del que " había vivido a la sombra de un árbol que había plantado

(y de pronto) se encuentra en la intemperie cuando el plantador lo corta y lo echa al fuego por inútil” (Zea).

Ante semejante fracaso el hombre americano deberá tomar sus propias decisiones, tomar las nuevas semillas que serán las ideas que desarrolle, a las que prestará su fe y la necesaria confianza para asegurar su ascenso. El impulso de hispanoamérica por adquirir capacidades que cree necesitar, la ha llevado al extremo de sacrificar su ideal de vida para adquirir las actitudes necesarias. Este afán mal encauzado la hizo deformar su propio perfil cultural para adquirir otro que no le era propio. Tal condujo a una experiencia histórica equivocada al despreciar las cualidades propias del espíritu latino considerándolas como una defecto, y al apropiarse de la ajena cultura se originó la dependencia que hemos venido mencionando, y que necesariamente desembocó en sometimientos culturales, políticos y sociales.

Este fenómeno se dio originalmente como una dependencia cultural cuyo punto de partida era la metrópoli europea, conquistadora primero, y colonizadora después. Aún en la época ya independiente de los países de América Latina se dio el hispanismo como una forma de vida; después la sociedad asumió como arquetipo el afrancesamiento, fue el modelo cultural y social. Dos formas de pensar que a la postre no son sino formas de dependencia. El comportamiento de los países surgió manifestándose en ese mismo sentido, comportándose de acuerdo con las características ajenas. Las cualidades propias el espíritu latino seguían considerándose como un defecto. La subsecuente expansión de Estados Unidos y la poderosa influencia que enfrentó con esto América Latina, condujo al error de pretender defenderse mediante la sajonización de su propio espíritu queriendo destruir con tal actitud lo que se tenía que salvar.

La personalidad de los individuos como la de los pueblos, debe ser el ideal perseguido. Tanto Norteamérica como hispanoamérica, deben sostener los caracteres que les son propios sin pretender imponerles valoraciones extrañas. Esta manera significará el recurso más efectivo de preservar la inconfundible identidad de los pueblos, evitar las dependencias y propiciar autonomías y el más alto valor para todos que es la libertad.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

8. ZEA, Leopoldo. - "Ortega y la Historia ". Ensayo sobre filosofía en la historia. Edit. Stylo. México. 1948. Pág. 139
9. SALAZAR BONDY, Augusto.- Existe una filosofía de nuestra América ? Edit. Siglo XXI. Colección Mínima. México. 1973. Pág. 40
10. Op. cit. pag. 46
11. ZEA, Leopoldo.- Filosofía de la historia americana. Editorial FCE. Colec Tierra Firme. México. 1977. Pág. 76
12. Op. cit. pag. 176.
13. Op. cit. pag. 178.

CAPITULO III

DE ALGUNOS ENFOQUES HISTÓRICOS.

La evolución del pensamiento filosófico o historia de la filosofía se toma como el desenvolvimiento del conjunto de doctrinas, ideas abstractas y filosofemas, estrechamente ligados a la condición histórica que las produjo, y aún al pensador emisor de ideas. Este fenómeno ha sido nominado por su vigor, espíritu de la historia, al que se atribuye el origen de los hechos humanos de mayor relieve que integrarán el origen y creación de la cultura; concebida de este modo, la cuestión, el filósofo queda eliminado como elemento causal de los cambios históricos, quedándole sólo su condición de instrumento utilizado por la fuerza espiritual que contiene lo histórico y trasciende lo humano.

La mente del pensador es, de este modo, sobrepasa por la potencia avasalladora del espíritu histórico que lo envuelve y solventa. Inútiles son los vivos entusiasmos del hombre, emociones y tendencias, pasiones y preferencias, porque, en efecto, es considerada la vehemencia de sus afanes, los que no parecen tener de suyo algún efecto en la configuración de la historia de las ideas. Pero ¿hasta qué punto han de tomarse como ciertos estos enfoques interpretativos en la formulación de doctrinas y filosofemas que integran la historia de esta disciplina? Hubo y aún hay en la actualidad pensadores que difieren del criterio histórico anterior.

Señalan que las ideas siempre son expresadas por un ser concreto, una persona determinada, que los hombres no son, en forma alguna, instrumentos de las ideas, sino al revés, instrumentos que están sometidos al hombre y a su servicio. Estas concepciones filosóficas no están carentes de humanidad, son expresión viva del hombre.

Para otros teóricos son sólo recursos al propio servicio en el afán de poder manifiesto en toda conciencia, por lo menos útil para el manejo de ilusiones. "Las ideas filosóficas son también expresión de temores, decepciones y esperanzas. La historia de las ideas filosóficas es la historia del hombre en lucha con sus circunstancias. Las más abstractas de las ideas ocultan siempre actitudes vitales que el hombre ha ido tomando a lo largo de su historia. La historia de las ideas filosóficas no viene a ser otra cosa que un aspecto de la historia del hombre " (14).

El pensamiento filosófico ha sido el eficaz instrumento al servicio del hombre para enfrentar su circunstancia. El hecho de que la historia de esta ciencia se inicie con la cultura griega, no debe entenderse que otros pueblos carecieran de filosofía, sino que en Grecia se hizo de este tipo de conocimiento la más relevante muestra de su cultura. En otros pueblos sólo era accidental, pero en Grecia algo propio, destacando en su cultura y modos de vida. El griego se planteó como grave problema el de la convivencia, cómo poder convivir con el otro frente a la violencia suscitada entre ambos y la necesidad de limitarla con sabiduría y templanza.

Según los pensadores de Atenas la temperatura podría hacerse factible en los individuos con la organización de la Polis y sus leyes moderadoras, ante las que se someten los mismos dioses. No solamente los filósofos han de ser los principales preocupados por conocer el orden del Universo

para conducirse acorde con él; surgirán diversas vías, otras doctrinas, maneras diferentes de pensar, como los sofistas, siempre dispuestos a adiestrar a los jóvenes para dotarlos de aptitud en el gobernar hombres y ciudades; la filosofía entonces se preocupará por los problemas políticos señalando que "no todos los ciudadanos pueden gobernar; es necesaria una aptitud que se obtiene mediante adiestramiento, aunque algunos creen, entre ellos Platón, que se nace con ella" (15).

Lo anterior sólo conforma dos puntos de vista de lo histórico aplicado al devenir humano, concebido en los tiempos remotos de la filosofía griega precristiana. Otros enfoques, históricos también han de ser tomados en cuenta, surgidos en épocas más próximas a nuestra actualidad, y aún de nuestro presente. Es indudable que el hombre necesita las experiencias de los demás para adaptarlas a circunstancias nuevas. De aquí parte la importancia de que la filosofía recurra a su historia y busque en ella los medios adecuados a la solución de problemas. Siempre acorde con las circunstancias y los individuos que las utilizan para resolver sus propios fines; de este modo vemos que Heráclito sirve a Hegel, como Aristóteles a los escolásticos y Platón a los neokantianos. No siempre este acomodarse a pensamientos pretéritos sirve a las generaciones nuevas que con esto, sólo adaptarán viejas ideas a problemas nuevos, pero el sólo abandono de una actividad creadora que modele nuevos arquetipos en la solución de problemas. El pasado histórico es entonces un obstáculo, una encrucijada para la vida del nuevo hombre, convirtiéndose la historia en un problema urgente para el hombre actual que se conforma y continúa viviendo una vida ajena, renuente a la búsqueda de soluciones propias para hacer su vida. Este afán de hacer luz significó el tropiezo para el hombre moderno por algo que se oponía a todo hombre y definición que tenía su origen en la

historia, ésta que era vista como causa y razón de los males originados en un pasado que recibió el hombre actual.

Se culpo a la historia por la carencia del sólido apoyo de experiencias útiles. El pasado se le configuró a la generación subsecuente como contradictorio y desordenado, incapaz de ofrecer la seguridad reclamada por la razón. Por consiguiente, de acuerdo con este enfoque, lo primero que debía eliminarse, sería la historia. No puede quedarnos duda de que tal criterio significó un despropósito vano, dado que no podía tenerse otro recurso a la mano para llegar al conocimiento de la esencia y naturaleza humana. Fue Vico quien, en su Nueva Ciencia, vino a proponer por primera vez una ciencia de la historia; sistematizar y ordenar los hechos pasados, procedimiento hasta entonces desconocido será lo que de origen a los principios sobre los cuales se ordene la historia. De cualquier modo, algunos célebres autores como Voltaire, no fueron convencidos por estos criterios. Este dijo: "la historia, al fin y al cabo no es más que un montón de tretas que les jugamos a los muertos". Sin embargo, hemos de aceptar con diversos autores, entre ellos Carl L. Becker, quien afirma que la historia cubre la importante función humana de justificar intereses, individuales o sociales, en alguna época o circunstancia histórica, "amen de que - dice el propio Becker - los vivos se sirven de los muertos para justificar sus actos" (16).

La mayor preocupación del siglo XVIII fue procurarles la felicidad a todos los hombres, es decir, a la humanidad. Becker señala que esta ambición es similar a la del cristianismo, indicando que los medios que utilizarán los hombres para lograrlo son diferentes. Unos no creen ya en otro mundo ni en la felicidad aquella; otros hablan de (San Agustín), la ciudad de Dios, en la que todos los hombres alcanzan la felicidad. Los filósofos del siglo XVIII hablaron

también de la ciudad de Dios, pero la situaron en la tierra, y tendrá que ser una ciudad apoyada en la razón. Toda la historia justificará a la razón y al sentido común al considerar que la interpretación cristiana de la historia fue contraria a los intereses humanos por ir contra la naturaleza del hombre, y “sustituyeron al amor de Dios por el amor a la humanidad, y la esperanza de la inmoralidad en otro mundo, por la esperanza de vivir en la memoria de las futuras generaciones” (17).

Benedetto Croce, continuador del pensamiento de Vico, es también discípulo de Hegel que comprendió la relevancia de la tesis hegeliana en nuestro tiempo, y que utilizó y asimiló para resolver la problemática actual. Croce no cree, como fue pensado en tesis anteriores, que la historia sea maestra de la vida, porque ella no puede enseñar a la vida, lo que la vida toma de la historia que no es su enseñanza, sino lo que al fin es necesario para afirmar su verdad; este mismo autor insiste en afirmar que la historia sólo es justificación del presente, y no el pasado, como se creyó. “La historia será lo que el presente quiere que sea, es un acto libre de voluntad” (Croce).

En cambio, José Ortega y Gasset, se presenta el concepto de historia como: “aquello que se va presentando en creencias donde el hombre se apoya, en el relato de como el hombre va saltando de creencia a medida que éstas van fallando. La historia es un pasar de cultura en cultura, de creencia en creencia, sin descansar jamás, creyendo y dejando de creer, para creer siempre en otra cosa nueva” (18).

En la histórica y extraordinaria aventura geográfica que conduciría al descubrimiento del continente americano, fue, así mismo, para algunos filósofos como el peruano Francisco

Miró Quesada, también una aventura de la conciencia, porque el propio descubridor europeo que abrió al conocimiento universal las tierras nuevas, también descubrirá nuevos aspectos de su humanidad al poner en relación con otros, los naturales de América, que parecen semejarle. El descubridor encontrará también otras históricas diversas a las suyas.... y al encontrarse con otras historias se encontrará igualmente con su propia historia. Es el encuentro con otros hombres y otras historias, en que hace que el europeo descubridor, conquistador y colonizador, se defina como hombre, dando sentido a la historia, a su propia y concreta historia ” (19).

La búsqueda del sentido de la historia, o filosofía de la historia, deberá hacerse en relación con los diversos conceptos de historia para lograr con esto el surgimiento de una historia como conciencia, como razón; de esto deberá derivarse el porqué de la historia, hasta alcanzar la antropología como ciencia humana aunada al estudio del acontecer humano. El conquistador, antes de serlo, fue descubridor; pero posteriormente se trastocó en el colonizador que se encuentra con otros seres que se le parecen, pero a quienes el descubridor deja tal similitud en suspenso. Había en su criterio la posibilidad de que tal semejanza no contuviera humanidad en esos entes; esta sospecha fue la que indujo a redefinir qué debía entenderse por humano, explicar al hombre enunciándolo plenamente mediante la inclusión, de haber humanidad en los naturales del nuevo mundo, dentro de una nueva concepción de hombre en caso de que lo fueran. Definir la concepción de humanidad tenía pues, que ser el inicio para continuar con el concepto que de sí mismo podía tener el europeo, modificándolo tal vez, como ocurrió al fin de frente a los recién descubiertos. “Queriendo saber qué son esos otros entes, empieza por preguntarse qué es él mismo” (Zea). El

colonizador se convierte por sí mismo en modelo de humanidad, a partir del cual enjuicia y valora la humanidad de los autóctonos que se le asemejan. No se dio inicialmente una negación total de humanidad, pero hubo una suspensión del juicio al respecto; los pensadores tendrían que aclarar antes que nada qué es el hombre, y la respuesta iba a darla naturalmente el europeo por considerarse, según él mismo, consciente de esta situación.

Era claro que los nuevos entes no serían interrogados sobre su posible humanidad, únicamente los observarán tomando como arquetipo de sus reacciones las propias del observador. También sería investigada en ellos la importancia y el sentido de la historia para hallar conclusiones sobre si la historia de los colonizados era una auténtica historia, por no encontrarse similitud en el concepto de ambos sobre la misma materia, ni coincidencia alguna con la que el europeo tenía de la suya. "Tal vez se trate de otra historia", tal era la respuesta que flotaba en el ambiente, por esto el investigador se interroga sobre si puede haber otra historia que no sea la que hace el hombre.

Estas ideas dieron la suspensión de lo que debía tomarse como historia de los conquistados, de allí que fuera principal tarea del conquistador-colonizador realizar la indagación sobre el sentido de la historia del hombre en plena crisis de consciencia.

Por este conducto histórico debió crearse una antropología concluyendo en aceptar que la existencia de otros hombres darán la prolongación del hombre por excelencia y de la historia universal. Los naturales americanos deberán, por su parte, dar los debidos testimonios para justificar su propia humanidad, mostrar por lo menos, virtudes suficientes para merecerla. Su historia también empezará desde su

asimilación al colonizador por el descubrimiento y la conquista, a la historia universal.

Finalmente, vemos como la historia vive un proceso actual de descolonización; la historia occidental se abre al proyecto del discurso histórico de todos aquellos hombres y pueblos que habían quedado marginados, es decir, fuera de la historia, acallados por esta disposición superior de los dominadores. El nuevo movimiento intelectual que asume la responsabilidad de revalorar este pasado histórico americano con perspectiva histórica, conduce a la realización de un proyecto americano de liberación como fuerza pragmática de una nueva acción de la filosofía de la historia.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

20. ZEA, Leopoldo.- Antología de la filosofía americana. Colección pensamiento de América. Vol. 7 Edit. Costa-Amic, Editor. México 1968. Pág. 158.
21. Op. cit. pág. 158.
22. ZEA, Leopoldo.- Latinoamérica en la encrucijada de su historia.- UNAM. México . 1981. Pág. 113.
23. ZEA, Leopoldo.- El pensamiento latinoamericano. Colección Demos. Edit. Ariel. Barcelona. 3a. Edit. 1976. Pág. 477

CAPITULO IV

FUNDAMENTOS SOBRE LA BÚSQUEDA DE UNA IDENTIDAD EN AMÉRICA LATINA.

Cuando el filósofo panameño y destacado escritor Joaquín Beleño, expresaba con la fogosidad propia de su juventud el grito desesperado: "Es absolutamente necesario que yo sepa quién soy", estaba para algunos expresado ese complejo de inferioridad que aludimos como adjudicado a los pueblos latinoamericanos, el mismo autor agrega "lo que más debemos respetar es el privilegio de haber nacido panameño. No es curioso que el mundo tenga millones de habitantes y que aquí donde no hay medio millón, yo sea precisamente uno de ellos" (20).

En tal expresión de inútil protesta elevada por Beleño, se advierte el sentimiento de inferioridad vuelto para varios pensadores sensación onírica "del grito sin voz, de un ataque sin brazos, de un mirar sin ver, lo que hay en el fondo de alma panameña y que los vemos aflorar en muchas de nuestras maneras de actuar y de sentir" (21), y no sólo de esta nación, sino de las que componen la sub-región latinoamericana del continente.

Expresiones lacerantes y dramáticas como la del panameño se repiten en el devenir del pensamiento filosófico americano,

en esta peculiar filosofía derivada de la historia de sus ideas que no se expresan en una lógica dialéctica como un continuo asimilar el pasado para ampliar las posibilidades del futuro, sino dentro de una lógica formal en donde el pasado nunca puede ser el futuro; trátase de una experiencia no asimilada y con la pretensión de borrarse entre las ideas, una a las otras originando las superposiciones que Zea llama yuxtaposiciones en donde se da el ocultamiento de unas ideas debajo de las otras “la colonización iberoamericana trata de ocultar el pasado indígena; la independencia, el pasado colonial y en la actualidad tratando de ocultar el pasado liberal y positivista, al considerarlo expresión del neocoloniaje aceptado e impuesto por la generación latinoamericana más preocupada por los intereses de su clase que por los de sus pueblos” (22).

El pensamiento en latinoamérica ha llegado a encontrarse con el hombre a través de una larga y penosa marcha, según el peruano Miró Quesada. Ya Sarmiento y su generación, del siglo pasado, intentaron, sin lograrlo, cambiar la realidad continental adoptando modas europeas. Después resultó igualmente inútil la adopción de positivismo en la educación; la frustración fue el resultado de pretender ocultar la realidad y al hombre concreto que era quién debía realizar a esta América. La generación pensante del naciente siglo XX toma conciencia de los errores de sus antepasados apoyándose en ideas que estimulaban un cambio.

El cubano José Martí (1853-1895), fue de los primeros en condenar los precedentes afanes de borrar la realidad latinoamericana pretendiendo erigirla sobre la nada. Martí habla de una América Latina empeñada en dejar de ser lo que era para ser algo distinto, y no pretenderá, como alguno de los positivistas, entre ellos Justo Sierra, hacer de nuestra gente los “yanquis del sur”, sino de hallar la fortaleza

necesaria al progreso en su realidad en su pasado, no carente de grandeza. La meta tiene que ser la descolonización, la liberación mediante una acción común que involucre a todos los hombres de esta América, una acción liberadora en toda su plenitud y sin nuevos pretextos de explotación a nombre de esa liberación.

De lo anterior parten orígenes y causas de esa importancia que los pueblos del continente dan a la búsqueda de su identidad, tan pretendida y buscada por grupos de pensadores latinoamericanos, a través de la historia de sus ideas, del pensamiento, la filosofía y la cultura; tal es en última instancia la búsqueda ontológica del hombre en esta América. La preocupación tiene también como apoyo una exigencia de madurez al sentirse ya alcanzada la mayoría de edad.

Los catastróficos resultados de la Segunda Guerra Mundial, humilló a ese "hombre por excelencia", que sintió ser europeo, de la que finalmente ha resultado solidario con los hombres a quienes antes regateaba humanidad. "Se encuentra hombre entre hombres, no siendo ya el hombre por excelencia. Este encuentro consigo mismo y con los otros, sus semejantes, se hará expreso en la filosofía que surge al término de esta conflagración mundial" (23).

No podemos olvidar que al iniciarse la Colonia, la corriente filosófica que predominó con exclusividad fue la escolástica; tal sistema de pensamiento fue un verdadero baluarte en la época sobre la concepción del mundo que encarnaba en la religión católica, organizaba la mente y completa la obra religiosa como poder político. La escolástica, se significó pues, como la corriente filosófica, que llegó a tener tanta

importancia como la tuvo después el positivismo a fines del pasado siglo y al inicio del presente.

El arribo a América de nuevos sistemas filosóficos socavaron la escolástica por tres siglos como la filosofía de dominación colonial. La ilustración, el eclecticismo y el utilitarismo inglés, fueron las causas del menoscabo y utilizadas por los iberoamericanos en el enfrentamiento al sistema dominador. Sin embargo, el positivismo fue el que finalmente destacó con mayor fuerza arraigándose más firmemente hasta reemplazar a la escolástica en la etapa de la América independiente. De inmediato se planteó la necesidad de alcanzar con tal pensamiento la emancipación mensual con visos más vigorosos de Hispanoamérica que en el Brasil.

De semejante actitud se desprendió el impulso conjunto de estos pueblos, exceptuando al Brasil, de un rompimiento con el pasado colonial, allegándose la mayoría las guerras intestinas que los indujeron a integrarse después de la Colonia como imperios, después como repúblicas y en ocasiones hasta en dictaduras.

Podría considerarse al positivismo una doctrina salvadora?. Algunos la miraron así al lograrse la anhelada emancipación mental acompañada de un orden nuevo con repercusiones sociales y políticas. Tardó en aparecer nuevamente el espíritu colonial, por lo que se infiere que su arraigo, si bien fue profundo, no resulto constante. El liberalismo estaba superado por el positivismo, pero éste declino bajo el imperio de un militarismo y clericalismo que, como fuerzas aliadas tornaron nuevamente como precursores hegemónicos y surgen estimulados tornando Hispanoamérica a su condición de Colonia.

Entre las observaciones que hizo Simón Bolívar motivo de su reflexión estuvo la idea de que en el Nuevo Mundo los americanos somos europeos de derecho. Esta expresión ha conducido en el continente haciendo uso de la imitación de todo lo europeo de modo arbitrario y sin más moderación que el capricho individual. Frente a fenómeno tal, el filósofo Samuel Ramos, expresó en su obra "El perfil del hombre y la cultura en México": "no podemos proseguir practicando un europeísmo falso; pero es preciso huir también de otra ilusión peligrosa que es la de un mexicano igualmente falso que, animado de un resentimiento contra todo lo extranjero, pretende rehacer toda su vida sobre bases distintas a las que ha tenido hasta ahora, como si fuera posible en un momento anular toda la historia" (24). Particularmente, el carácter individualista del mexicano, rebelde a toda autoridad y a toda norma, originó motivos de hostilidad hacia la cultura europea, fenómeno que igualmente se filtró en la conciencia del latinoamericano después de que como el mexicano mismo, trato de imitar para enseguida rechazar.

Para Samuel Ramos nuestra tendencia a la imitación, que conduce a la carencia de identidad, podría tener como origen una pereza intelectual disimulada por cuya razón ideas y teorías que se importan de Europa, no son en forma alguna sometidas a ninguna crítica que pudiera representar un mínimo esfuerzo al espíritu, quien, perezoso al fin, las teorías y doctrinas aceptadas vienen a debilitar el pensamiento nuestro; como una consecuencia de lo anterior Ramos representa la necesidad dentro de nuestra vida social y política de activar la acción intelectual: "Hasta ahora toda ella (la cultura), encubierta por una tupida red de apariencias engañosas, de mentiras convencionales, que se juzgan necesarias a su mantenimiento y colocan a la verdad en la situación de un objeto indeseable" (25).

Débase aceptar que todo pensamiento tiene que asumir como punto de partida la aceptación de que nuestra identidad, como mexicanos y latinoamericanos, induce a ver el mundo bajo una perspectiva única como resultante de nuestra posición también única en él. Ramos propone al respecto la búsqueda del conocimiento de un mundo en general a través del caso particular que es nuestro pequeño mundo latinoamericano.

Para el peruano Augusto Salazar Bondy, en su pretensión de comprobar que existe en Hispanoamérica un hondo defecto de cultura, insiste en asegurar que ello acentúa la carencia de una identidad del ser del latinoamericano, lo que extendió a todos los tiempos y a toda nuestra América: “apuntará al ser carencial, a la existencia de un problema de autenticidad en el hombre de esta parte del mundo... estamos claramente en el caso de este existir anauténtico; vivimos desde un ser pretendido, tenemos la pretensión de ser algo distinto de lo que somos y lo que podríamos quizás ser; vivimos alineados respecto a la propia realidad que se ofrece como una instancia defectiva, con carencias múltiples, sin integración y por ende sin vigor espiritual” (26).

Como podemos ver en la transcripción anterior, en esta obra del filósofo peruano, existe una negación completa por la que se revela la negación de una autenticidad del ser latinoamericano, como antecedente de esta carencia de autenticidad insistentemente buscada por los pensadores del continente. Con tal posición se mostró en desacuerdo Leopoldo Zea, afirmando: “Nuestro fracaso no ha dependido del limitado profesionalismo de los pensadores americanos; fueron así y no pudieron ser de otra manera porque la realidad en que se encontraban los compelia a actuar, no como profesionales de la filosofía, sino como

latinoamericanos, enfrentando problemas de esa filosofía no podía resolver. De allí el enmascaramiento, la simulación, el decirse progresista y actual como conservador” (27).

El enfrentamiento entre estos filósofos se dio a través de las dos obras que citamos, en la que el peruano Salazar Bondy concluyó con la incapacidad de los latinoamericanos para reflexionar filosóficamente por ineptitud o falta de vocación, frente a lo cual Zea responde a su obra *La filosofía americana como filosofía sin más*, que la solución en esta persistente búsqueda de identidad de la América Latina, no radica en sólo adquirir una filosofía propia y original, sino en la solución a los problemas planteados por esa relación que tenemos con países significados como nuestros modelos. Zea responde, además, el peruano, que ha sido posible hacer filosofía en Latinoamérica desde el momento en que los pensadores continentales reflexionaron sobre la historia de sus propios pueblos, adoptando soluciones prácticas para los diversos problemas sociales y políticos que se les presentaron en su devenir cultural. La insistencia del filósofo mexicano estuvo cifrada en la reconocida capacidad de pensar filosóficamente, en tanto que Salazar Bondy se resiste a aceptarlo aduciendo nuestra falta de vocación y de aptitud.

El argentino Francisco Romero hizo razonar con entusiasmo y vigor juvenil su manera de ver la filosofía latinoamericana como un “proyecto” de expresión colectiva y afirmación de la identidad nuestra. Su punto de partida se finca en la convicción de que en la América Latina existe un movimiento filosófico. La actitud de Romero tiene la significación misma e un aporte más a lo que hicieron los llamados patriarcas del filosofar americano que tienen conciencia, como lo afirmaría después Romero, del supremo destino que guarda a los pueblos del Continente; se refieren a un destino propiamente filosófico como parcial aspecto del destino general del

espíritu americano, pero con caracteres propios que han de seguir el cauce que los individualice y los diferencie de otros procesos o manifestaciones culturales.

“Nuestro movimiento filosófico es captado como una realidad viva, como un todo orgánico, en el que las diversas partes se complementan funcionalmente. Romero empieza su obra de cohesión , de toma de conciencia e integración de nuestra identidad, como producto todo de la propia realidad como un poderoso factor individual” (28). Desde la perspectiva historicista, los sistemas de pensamientos elaborados en América, han sido filosofía, aunque no se reconozcan como tal en la filosofía clásica; entendemos que todo enfrentamiento mental del hombre con su circunstancia provocará la reflexión elaboradora de cultura; la diferencia de nuestros filosofemas con los aceptados como tales por el clasicismo europeo, es que: “el instrumento que hemos aplicado a nuestra realidad para interpretarla y manejarla, no ha sido creado por nosotros mismos, tal como lo hicieron los europeos, sino que fue tomado prestado. Pero esto no significa de ninguna manera inferioridad, inautenticidad o carencia de identidad, sino sencillamente un modus de ser diferente, derivado de nuestra circunstancia histórica que es una circunstancia común a todas las culturas coloniales” (29).

De lo anterior se desprende la necesidad de comprender a fondo todas las posibilidades de este filosofar nuestro, nuevo de suyo; para ello será preciso indagar, conocer e interpretar filosóficamente la historia de las ideas que tuvieron vigencia en el pasado colonial y que cobraron actualidad en el presente. Conocer esta historia y utilizarla, será los procedimientos y recursos propios para hacer posible la autenticidad filosófica y la identidad del perfil de la individualidad continental y la particularidad de los pueblos de América Latina.

Para ello, el peruano Miró Quesada propone un movimiento de recuperación que inicia por medio de una “instalación” en la historia de las ideas latinoamericanas, del modo como filósofos posteriores a los llamados patriarcas de la filosofía latinoamericana inicia un movimiento de “recuperación” de carácter popular para incluirse en la historicidad de un pensamiento propio.

Tales movimientos filosóficos propuestos de instalación y recuperación, han de incluir no solamente las áreas filosóficas porque para comprender nuestra realidad total debe abarcarse otros contenidos además del propiamente filosófico. Elaborar la historia de nuestro pensamiento será uno de los pasos a seguir para entender la realidad americana. Otros espacios más que debe ganarse, será el de entender la historia, comprenderla con amplitud e interpretarla con profundidad.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- 24. RAMOS, Samuel.- El perfil del hombre y la cultura en México. Obras completas. UNAM. Tomo II. 1978. Pág. 76
- 25. Op cit. pág. 182.
- 26. SALAZAR Bondy, Augusto.- Existe una filosofía de nuestra América ? Colección mínima/22. Siglo XXI 2a. Edit. México. 1973. Pág. 117.
- 27. ZEA , Leopoldo.- La filosofía americana como filosofía sin más. Colección mínima/30 Edit. Siglo XXI , 3a. Edil. México 1975. Pág. 79
- 28. MIRO Quesada, Francisco.- Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano. Col. Tierra Fire. FCE México . 1974. Pág. 126
- 29. Op. cit. pág. 96

CAPITULO V

VALORES UNIVERSALES SOBRE EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO.

Algo hemos dicho ya, en páginas anteriores acerca de la concepción eurocentrista, llamada por algunos autores también occidentocentrista, de la historia de las ideas en América Latina. la significación de esto radica en el hecho de la intención de hallar primero la relación guardada con lo que en este continente se alude a la cultura europea, y aún las propias, nada más que como filosofemas, especies de pensamientos en relación con ciertas reflexiones de naturaleza especulativa, las que para algunos son formas extrañas a esta propia realidad continental que le fueran impuestas, o que adoptó conscientemente para incorporárselas a su particular cultura.

Sin embargo, tanto las adoptadas como las impuestas no son extrañas, por lo menos en su origen, aunque después repensadas, hechas objeto de reflexión desde el propio punto de vista, pudieran cobrar sesgos de originalidad. Esta característica de originalidad que algunos autores le niegan a filosofías y filosofemas de esencia americana, le asignaron sus detractores la sola categoría de ideologías para indicar que pudieron muy bien haber alcanzado la entera consideración de una auténtica reflexión filosófica.

Quien considere lo anterior y reflexione sobre ello, deberá adquirir que cada pueblo origina, crea o adopta, la clase de filosofía que les es urgente a su circunstancia para resolver la problemática que le acosa. De allí que, por ejemplo, la escolástica proveniente de Europa, adoptada por la Colonia, fue cambiada en este nuevo orden establecido por cauces doctrinarios como el liberalismo primero, y por el positivismo después. Fue así como se dio el paso del estado teológico con el tomismo, al estado liberal que fundamentó, finalmente, el positivismo.

La interpretación filosófica de la historia que en Latinoamérica se formuló respecto de la Europa colonialista, será lo que dé el principio a la originalidad filosófica que pareciera ser la propia y original de nuestros pensadores. Se comprendió dentro de esta exégesis latinoamericana la conciencia de nuestra relación de dependencia a lo europeo, incluyendo la supeditación que dará pie a la nueva perspectiva cultural de los dominados sobre sus dominadores.

Después de cobrar conciencia en América sobre la relación hegemónica impuesta por Europa al Nuevo Mundo, surgirá un nuevo sentido de la historia concebido desde la perspectiva de una relación de cada pueblo del continente con los de la periferia. Esta misma interpretación muestra que la historia será, sin duda, coincidente con la proclamada por aquellos pensadores de la historia occidental, empeñados en creer que la de ellos, es la auténtica historia de los pueblos civilizados. " Durante tres mil años se mantuvo un diálogo entre dos extremos del Viejo Mundo. Ambos se han influido mutuamente produciéndose con ello culturas totalmente diferentes. Por eso estamos seguros al creer que los problemas del mundo sólo se resolverán prescindiendo

desde el único punto de vista europeo, y aceptando diversos criterios" (1).

Hasta finales del siglo pasado, y aún principios del actual, prevaleció el juicio europeo sobre lo que dictaminaron en filosofía y cultura, interpretación histórica y ciencias. Los criterios latinoamericanos, respecto de las anteriores disciplinas, fueron solamente considerados repetición ó reflejo de lo que allá se pensaba y se decía. El propio Hegel sostuvo el aserto de creer: "Latinoamérica sólo es reflejo, eco, del Viejo Mundo". El tenerse conciencia actual, de la dependencia, integrada por pueblos circulando en torno a un grupo de hombres, de una concepción filosófica, o alrededor de una historia, concebida e interpretada con sentido occidental, se advirtió que no incluirá el punto de vista latinoamericano que debió partir de la conciencia marginada y dependiente, consciente de un entorno continental referido a un centro de poder que no es el propio.

"El orgullo espiritual" referido por Nidjan induce la combinación, por un lado en el europeo de que su propia forma de civilización es la universal; consideran también natural y aceptable imponerle al colonizador sus hábitos e ideas, mediante guerras, expediciones, colonización y anexiones. La respuesta a esta posición rechazada por el colonizado, ha sido ese orgullo referido como nacional y racional. El eurocentrismo fue impugnado con la concepción de su historia por excelencia y la predilección de pensar a sus autores como los hombres sin más, principio y origen de una antropología que justificó sus proyectos de cosificadores, convertidos como estuvieron por sus expresiones de la cultura en donadores del sentido de cualquier otra cultura.

El primer gran catequismo liberador y universal, según Toynbee, gran explosión por sus repercusiones liberadores

en cadena, fue el impulso libertario de Estados Unidos, nación que, al paso del tiempo, los propios liberadores norteamericanos, no parecen aceptarles reconocimientos de este mismo derecho al resto de las naciones latinoamericanas. Los pequeños y grandes pueblos del Nuevo Mundo, no solamente son reacios a aceptarle liderazgo libertario al pueblo estadounidense, sino que se enfrentan en defensa hostil reclamando sus derechos y valores igualitarios a quienes no parece importarles la libertad de los demás, sino sólo la propia.

Si consideramos como uno de los valores universales definidos con la acción y el pensamiento por Latinoamérica, a la libertad, hallaremos que la situación de desigualdad excluye al poderoso que cuenta con mejores medios para hacerse respetar su autovaloración de superioridad. Tal recurso induce la imposición de una libertad sobre la libertad de otros, que es tanto como negar independencia y derecho a los demás, porque la igualdad material, eminentemente humana, reclamada por las nuevas naciones, no tienen otra significación que la misma que en su momento emancipador exigió el pueblo norteamericano.

No deja de comprenderse que la pugna establecida en estos términos, no se finca en posiciones propiamente filosóficas ni doctrinas o de ideales, sino de intereses que marcan la nula o escasa posibilidad de ejecutar el proyecto libertario y transformador en algo efectivo y real, que supere la sola cualidad de proclama y exigencia, para convertirse en una realización al hacerse la libertad de los pueblos que reclaman aún afectando los intereses de quienes se oponen a la emancipación, para quedarse como disfrutantes de una libertad exclusiva y no de otros, ni compartida o derivada.

En lo anterior se finca la importancia suma que cobra el proyecto igualitario, como una exigencia latinoamericana en la concreción de los valores universales como aportación y ejemplo de cuanto somos o pretendemos ser. Otros pueblos, como los nuestros, hacen los mismos planteamientos con la búsqueda del ideal igualitario. China y Cuba han jugado una misma acción en la actualidad, que la que hace doscientos años igualmente enarboló Norteamérica la que ahora se sorprende cuando observa las naciones que se le enfrentan bajo el imperio de preservar sus propias libertades. Los movimientos nacionalistas aparecidos a lo largo de Latinoamérica, han sido inspirados en los ideales de autodeterminación, mismos que condujeron a la revolución estadounidense a la liberación de la dependencia inglesa. De esta posición histórica de Estados Unidos, ha partido, según Nehrú y Sukarno el ejemplo revolucionario precursor de ideales de liberación, autodeterminación e independencia, "aún más que las influencias motivadoras de la revolución bolchevique o china", según Nkrumah, en sociedades donde todos los hombres pueden gozar de las libertades, por las que realizaron convulsiones ideológicas y armadas.

Desconocer la propia historia latinoamericana podría equipararse al desconocimiento de las capacidades continentales; y de tal ignorancia, podría derivarse la infundada admiración de ajenas historias y fuerzas extrañas en situación de conducir algunas naciones latinoamericanas a desear una subordinación para salir de otra. La exigencia de conocer y asumir nuestra historia americana inducirá la

de valores universales concebidos primero como filosofemas de suma fecundada para la acción política y libertaria, pues conocer las fuerzas poseídas al servicio de los altos valores de igualdad y libertad, de emancipación e independencia, proclamados por Latinoamérica, conducirá al seguro estado

de regeneración de la realidad continental en la que indígenas, criollos y mestizos son, en igual condición, parte de la historia de la que Zea llama "nuestra América".

Consideraciones de esta clase fueron las que hicieron expresar al libertador Simón Bolívar las palabras donde relevó la convicción de haberse cumplió con la justicia y con la humanidad, mediante la acción emancipadora de las luchas que sus ejércitos y otros del continente llevaron al cabo. "Se ha cumplido ya con la justicia y con la humanidad", dijo el libertador, para conminar enseguida a los pueblos latinoamericanos a cumplir con otros valores, también universales pero ya consecuentes a la realización de los que anteriormente incidieron sobre nuestra América, como los implícitos en la política ejercitante y en la sociedad que pugnó por salvar dificultades opuestas a la integración de las nuevas naciones que iniciaban su marcha sobre el cauce nuevo de la independencia política.

Previó Bolívar los tropiezo que pudieran originarse por causa de la diversidad racial y la heterogeneidad de la nueva sociedad americana, para hacerse peligrar con ella la congruencia cultural y política, hasta geográfica, del Nuevo Mundo. Hizo la advertencia pertinente para evitar derivaciones funestas a los nuevos pueblos que se organizaban en naciones, señalando la igualdad de todos los hombres, aunque sin desconocer las complicaciones sumas que induce esta declaración, pues al contrario a la idea igualitaria, siempre hallaron causales de justificación para afirmar, sostener y platicar las desigualdades consecuentes que provocaron óbices en apariencias insalvables para legislar en justicia en favor de la mayoría y gobernar los países sobre realidades y no sobre abstracciones.

Sostiene Leopoldo Zea que al ampliarse los ámbitos de Occidente, se originaron nuevos conceptos universales en torno a la significación propia de su cultura, como fueron las instrucciones democráticas y el proceso de industrialización. Al hacerse consciente su expansión, reflexionó sobre el puesto que debía corresponder en un mundo, a cuya universalidad destinó sus aportaciones. Estas ideas universales fueron aceptadas por los pueblos para convertirse en metas que todos debían alcanzar con ese mismo sentido originario de las mismas.

Era verdad la necesaria búsqueda de dominios sobre la naturaleza, el anhelo de conocerla y supeditarla al propio designio; pero tenía que ser éste el dominio sobre el entorno a través del conocimiento científico y técnico, y al servicio de todos los hombres. Tal ambición marcaba enfáticamente la ambición de volver efectiva la industrialización, como una de esas dos aportaciones del Nuevo Mundo a la universal. Pero también debía hacerse posible la organización de gobiernos representativos, responsables, en un estado nacional independiente y soberano para convertir en tangible la aportación a lo universal de esta idea democrática derivada de una concepción filosófica de la política. La ineludible condición de tornar factible tal proyecto, debía conllevar el reconocido derecho de realizar este tipo de gobierno a cualquier pueblo de la tierra. De lo anterior parte del reclamo de los pueblos no occidentales a los de occidente para que conserve la vigencia universal de doctrinas políticas elaboradas en el Nuevo Mundo, pero bajo la pretensión de una aplicación exclusiva para estos mismos.

Este ideal democrático surgido del mundo moderno y occidental, ha consistido, según Toynbee, en aplicar a la práctica política concreta un intuicionismo cristiano y fraterno

a la humanidad entera, aunque en verdad, este ideal, no se realizó en el proceso expansivo de los pueblos occidentales sobre las demás naciones. Ocurrió que el occidente ha sido reacio a reconocerles a otros pueblos los mismos derechos que exige para sí. Para algunos investigadores esto ha sido la consecuencia de haberse negado a reconocerles a otros pueblos derechos bajo regateos de humanidad. Los nacionalismos alenados en las diversas áreas del occidente geográfico, se significó como el óbice para el florecimiento de una auténtica universalidad efectiva y práctica; porque al situar sobre lo universal los reducidos puntos de vista de intereses propios, se cayó en el egoísmo que rompió sentimientos de fraterna solidaridad, además hizo trizas los justos empeños de los nuevos pueblos que alentaron confianza en los ya viejos y experimentados de Occidente.

Ha sido indudable la significación del nacionalismo como arma que esgrimen los pueblos oprimidos, pero sin los límites estrechos concebidos por un nacionalismo meramente occidental y que no se concibe como perspectiva que hace de una parte del todo. La ideología que se niega a reconocer la universalidad de la humanidad en nombre de lo universal, cae por su propio peso al buscarse el predominio de una mayoría humana que incluye a beneficios de la minoría también reclamante.

Es debido hacer la distintiva separación de dos tipos de nacionalismo que en la actualidad suelen enfrentarse en los pueblos con mentalidad colonizada. Uno es el llamado "colonos", que, Leopoldo Zea los designa empeñados en el mantenimiento de privilegios y derechos que son, a su vez, negación de los derechos y privilegios de los indígenas. Y el nacionalismo de los "indígenas" obstinados en que se les reconozcan derechos semejantes a los que reclaman para si los "colonos".

Estas posiciones de nacionalismos enfrentados han provocado pugnas, que, incluso, llegaron a extremos de luchas belicosas en alguna área del Nuevo Continente. Porque unos fueron nacionalismos subordinantes de otros pueblos; y, otros, nacionalismos que reclamaban solamente el derecho a la autodeterminación y exige el respeto de su soberanía. Entre ambos se originaron con frecuencia en el devenir histórico americano, esos enfrentamientos que aludimos.

Contra la cultura occidental ha sido dada una reacción en respuesta, donde se implica la exigencia de una auténtica universalización de esa cultura. Los pueblos se muestran actualmente renuentes a las delimitaciones culturales de ahora; los progresos técnicos, la ciencia actual y los conocimientos de nuevo cuño, hacen posible el aislamiento que privó en el pasado. El occidente hace prevalecer su táctico en el mundo, impone procedimientos económicos y doctrinas políticas; con esto se une al mundo para radicar la unidad entre los pueblos, que antes no existió. Frente a este progreso pugnado, los pueblos no occidentales desisten de cualquier oposición a tales desarrollos, pero además se incluyen aceptando de los occidentales la igualdad que pregonan, además de insistir en el derecho que dicen tener a participar de consuno en la responsabilidad de una tarea progresista en todos los sentidos.

En la referencia al moderno ideal democrático de Occidente, el propio Toynbee habla de una occidentalización que parecen aceptar los nuevos pueblos americanos, aunque alejados del nivel de la abominada subordinación. De lo que se trata es de asumir otra situación que no sea la de una insistente inferioridad, impuesta a lo largo de la historia, visto que estas naciones ciertamente han ido adoptando lo

pensado como superior del espíritu de la cultura occidental, pero sin relegar fundamentos de la propia.

La concepción de fraternidad humana pregonada por la doctrina cristiana, no siempre tuvo justificación concreta en los pueblos colonizados. Esto hizo justificar la observación de esa prevalente desigualdad que viene a negar la humana confraternidad universal.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Joseph Needham.- Dentro de los cuatro mares, el diálogo entre oriente y occidente. Edit. Siglo XXI México. 1975. Pág. 3
2. América en la Historia. Edit. F.C.E. Publicaciones de Dianoia. México. 957. Pág. 91.

CAPITULO VI

CONDICIONES REALES Y DE POSIBILIDAD PARA UNA FILOSOFÍA ACTUAL EN AMÉRICA LATINA.

Desde la célebre polémica llevada a cabo por Augusto Salazar Bondy, con su libro *Existe una filosofía de nuestra América ?* y de Leopoldo Zea, con su respuesta escrita en su obra de *"La filosofía americana como filosofía sin más"*, resurgió el tan traído y llevado tema de si existe en nuestro continente en pensamiento con rigor filosófico capaz de afirmar su impronta distintiva de propia singularidad. Especialmente desde Europa se han expresado las negativas a la cuestión, que los latinoamericanos, o no tienen aptitud, o carecen de vocación para la actividad especulativa. Y desde el propio continente nuestro se alcen las voces reclamantes de reconocimiento a la actividad filosófica que, por siglos y hasta en la actualidad, han manifestado.

En tanto que el peruano Salazar Bondy señala que nuestra filosofía es inauténtica, sin originalidad por el subdesarrollo existente aquí y la carencia vocacional de los pensadores latinoamericanos. Leopoldo Zea responde a las afirmaciones del sudamericano señalando que sus generalizaciones faltan a la verdad al contarse en nuestros pueblos con manifestaciones ciertas de doctrinas inauténticas y faltas de originalidad, pero asegurando que ni el supradesarrollo o el

subdesarrollo, son condicionantes imprescindibles y suficientes para crear filosofías auténticas o no, originales o no; "lo que precisa es - afirma Zea - ser capaces de reconocer que con el sólo planteamiento de si tenemos una filosofía propia, estamos ya haciendo una filosofía que parte de nuestra problemática... Concebimos la filosofía , no como un reflexionar para actuar, sino como el resultado posterior a una supuesta acción. En este sentido, la filosofía será una especie de premio a nuestra acción" (1).

La discrepancia se da en un ámbito tradicional de la filosofía, en la que Salazar Bondy expresa que "filosofía" es: "la expresión del ser individual y social que analiza, ilumina, y unifica varias experiencias de la vida. Trata del conjunto de lo dado y asume un compromiso vital. En su afán de lograr la inteligibilidad del entorno, está ligado a datos y objetivo, lo que se separa de la fe religiosa " (2).

Pero el pensamiento de ambos filósofos no es solamente discrepante, sino también coincidente "en que en nuestra América hay una filosofía peculiar, es decir, ideas que ostentan color o personal que les confiere un sello distintivo" (3).

Zea asegura que todo filosofar debe sobrepasar la actitud presentativa heredada de mitos, para enseguida comprender que se trata de una reflexión que emana de un momento y de un lugar, esto es, de un pasado y un presente que se perfila hacia futuros, siempre con pretensiones de universalidad.

Salazar Bondy insiste en que la filosofía latinoamericana: a) está carente de rigor, y b) es incapaz de nutrirse con los propios recursos doctrinarios. "La falta de una originalidad en los pueblos hispánicos no puede atribuirse sino a una falta de

vocación de estos pueblos, en el doble sentido del interés y de la aptitud par la filosofía....” (4).

El peruano argumenta la prevalencia de la imitación en nuestro filosofar, al que sólo agrega “ismos” para denotar procedencias extranjeras de las posiciones doctrinarias, asegura además la presencia de una reinterativa resonancia sobre obras en cuyas citas se repiten de manera irrestricta en su aceptación, todo ello conforma , al decir de Salazar Bondy, la carencia de originalidad; incluso situados dentro de una misma perspectiva histórica, es imposible lograr un re-pensamiento completo, porque el hecho mismo de la individualidad significa una perspectiva propia y absolutamente irreductible, se ve que todo re-pensar es, en el fondo, un pensar por si mismo” (5).

No hay duda, según esta posición, de que desde los primeros testimonios filosóficos hispanoamericanos, contamos con aportaciones auténticas y originales, que son apropiaciones de lo extranjero, asimilaciones importadas, o bien, al decir de Zea: “una filosofía tomada de prestada, pero enfocada, consciente o inconscientemente a la solución de problemas semejantes ” (6).

Las circunstancias han hecho que el filosofar latinoamericano resulte escaso metodológicamente; pero ha sido abundante y pródiga en metodología, lo cual debe hacernos pensar en lo que semejante conducción del pensamiento es el que va resultando necesario en la configuración de estos pueblos. Zea, insiste: “la inautenticidad no es un problema de subdesarrollo”, porque ni el supradesarrollo origina inautenticidad en el filosofar. Tampoco son el ideal americano la originalidad y la autenticidad, que aún estando o no presentes, no solamente son posibles, sino que siempre lo

han sido a través de los enfrentamientos racionales de problemas que nos ha planteado la realidad.

Para el peruano Miró Quesada: " hacer una filosofía que no fuera una copia mal repetida de filosofías importadas, sino que fuera expresión de un pensamiento filosóficamente vivo de emergiera desde nuestra propia circunstancia americana utilizando todos los medios intelectuales disponibles, era la meta"(7). La misma que los filósofos latinoamericanos desean hacer y, según Zea y Miró Quesada se está haciendo en los medios intelectuales disponibles.

En la realización de tales objetivos, van siguiéndose, a juicio de Miro Quesada, dos vías, la vía de la reflexión sobre los problemas abstractos y la vía de la reflexión sobre nuestra propia condición cultural y humana. Samuel Ramos había meditado sobre la posición del latinoamericano frente al pensamiento europeo, al tiempo que un grupo de filósofos, entre los que se hallaba Zea, comenzaba la indagación sistemática de la historia de las ideas en América Latina, y del modo como desde este nuevo continente se analizaba y se proyectaba su propio ser. El argentino Francisco Romero había reflexionado ya ampliamente, sobre la posición de los pueblos latinoamericanos, aunque sin el contenido sistemático puesto en práctica por el grupo de pensadores, el Hiperión, encabezado por Zea.

Durante la década 1950-1960 pareció surgir la urgencia de establecer las categorías de la nueva filosofía latinoamericana bajo los imperativos de debates personales, intercambios de ideas y opiniones, con frecuencia apasionadas, aparecían entre los pensadores, durante congresos, reuniones internacionales de filosofía, haciéndose aparecer las dos posiciones enfrentadas, de los "regionalistas", impugnándose con los "universalistas", en

ataque y defensa de sus propias posiciones. Habría que meditar filosóficamente nuestra realidad? o bien: Debíamos destinar la actividad especulativa hacia el examen y estudio de los grandes problemas universales?. Tales eran las dos posiciones postuladas por sendos grupos de filósofos latinoamericanos, de lo que, al final, pareció derivarse un consenso entre ellos tendiente a la prevalencia sobre meditar nuestra propia realidad, buscando propiedades y características del pensamiento latinoamericano.

Nuestra filosofía ha sido por encima de todo, liberadora. La emancipación de las naciones continentales de sus iniciales dependencias de conquistadores y colonialistas, no fue suficiente para hacer perdurar la independencia porque les fueron impuestas otras formas opresivas, como el negarles su propia realidad y la imposición de arquetipos ajenos, con lo que se obtuvo otra situación subordinante por la acción de colonialistas de nuevo cuño. Esta moderna condición hizo que el pensamiento de Zea enfatizará la necesidad de comprender la propia realidad, tomar conciencia del pasado para evitar nuevos errores y darles solución adecuada a problemas más actuales. En esta dimensión contemporánea, serán igualmente útiles las propuestas configuradas en su filosofía de la historia; será de donde surja, como dijimos, esa idea de cambio que ha venido proponiendo a lo largo de su pensamiento y es el recurso fundamental para alcanzar la auténtica libertad.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Joseph Needham.- Detro de los cuatro mares, el diálogo entre oriente y occidente. Edit. Siglo XXI México. 1975. Pág. 3
2. América en la Historia. Edit. F.C.E. Publicaciones de Dianoia. México. 957. Pág. 91.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. ZEA, Leopoldo.- La filosofía americana como filosofía sin más. 3. Edit. Siglo XXI. México. 1975 Pág. 141.
2. SALAZAR BONDY, Augusto.- Existe una filosofía en nuestra América ? 3a. Edit. México. Siglo XXI. 1973 Pág. 100
3. PALAZON, María Rosa.- Características de la filosofía latinoamericana.- Ponencia presentada en el primer Coloquio Nacional de Filosofía Nacional. Agosto de 1975. Morelia, Mich.
4. SALAZAR BONDY, Augusto.- Op. Cit. pág. 79
5. MIRO Quesada, Francisco.- Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano. México. F.C.E. 1974. Colección Tierra Firme. Pág. 55
6. ZEA, Leopoldo. Op. Cit. Pág. 42
7. MIRO Quesada, Francisco.- Op. cit. Pág. 9

CONCLUSIONES

Como ideas concluyentes hemos de señalar que, en torno a la discusión surgida entre los pensadores de Latinoamérica y los filósofos europeos, acerca de su existe o no un pensamiento filosófico original nuestro, tenemos que señalar la exigencia de que se establezca con precisión lo que deba entenderse por filosofía, si lo comprendido en términos estrictos de filosofía rigurosa, es como la implicada en los grandes sistemas kantianos, hegelianos y otros; o la reflexión hecha por quienes sienten estimulada su actividad intelectual por la problemática que encuentran en su entorno y apegados a la idea de que los pueblos, las sociedades y los hombres, alientan sistemas reflexivos que les son útiles para la solución de problemas inmediatos y la proyección de desarrollos en el proceso de desenvolvimiento que cada uno piensa.

Estas estructuras mentales, si bien carecen de la apretada construcción intelectual de los ancestrales sistemas filosóficos europeos, son también, sin embargo, filosofía de la más pura condición latinoamericana, sancionada como tal por filósofos de la talla del peruano Francisco Miró Quesada, del argentino Francisco Romero y del mexicano Leopoldo Zea, entre otros.

Y todo porque, partiendo lo nuestro de lo concreto, se encauza hacia lo universal, sin tener para ello que renunciar

de los más altos valores considerados como universales pero emergidos de nuestra América; del modo como- lo dijimos con José Vasconcelos de su "raza cósmica"- esta comunidad latinoamericana ha tenido indudablemente capacidad suficiente para entregar concepciones de originalidad intelectual a la universalidad filosófica, dado que de lo particular y lo concreto de las cosas se parte hacia las metas de la generalidad universal del pensamiento. No otra cosa fue lo que buscaron fundadores del filosofar latinoamericano como Alejandro Korn, Alberdi, Lastarria y otros.

Y aún cuando la originalidad nuestra en torno a lo filosófico ha sido discutida con claros signos de regateo, se argumenta con buen sentido que en nuestro filosofar no existe lo que propiamente pudiera señalarse como simple y llana imitación, sino, en todo caso, una incorporación del pensamiento occidental al nuestro, asimilación a esta realidad latinoamericana de otras corrientes doctrinarias, repensadas ya y adaptadas a nuestra circunstancia. Sólo de esta manera podrá explicarse la expresión del brasileño Joao Cruz Cosa, de que América no es Europa aunque sus raíces sean de allá; esta civilización latinoamericana derivada de la europea, fue, pues, modificada por el concurso de los nuevos sentidos de nacionalidad y cultura productos del mestizaje racial y civilizador.

Un crecido afán evidente a todas luces, en el ámbito de Latinoamérica, es el de construir el propio perfil de una identidad originada en una cultura propia, pero son que en ese anhelo se implique la exigencia legítima de hallar el desarrollo de una cultura autóctona sin relación con ninguna otra, puesto que en este origen racial se funden las dos grandes culturas, prominentes y remarcadas, que dieran pie y origen a lo que somos actualmente en este Nuevo Mundo.

En páginas precedentes dejamos establecido la exigencia del conocimiento de nuestra situación como pueblos concretos a efecto de encontrar contacto y dependencias con los criterios que en pretérito se incorporaron en la confirmación de esta cultura actual que tenemos, sin que en tal procedimiento se incluya el inaceptable coloniaje cultural indicado por el peruano Augusto Salazar Bondy. Esta fue la razón por la que explicitamos en el supraescrito la clase de relación creada por la cultura europea en América, asimilada primero y transfigurada después por los americanos, pero de ninguna manera como yuxtaposiciones, sin más bien participando como competitivas en la integración de una cultura nueva.

La receptividad de los latinoamericanos a las más diversas doctrinas filosóficas aparecidas en las diversas latitudes del mundo, tampoco es en manera alguna, reveladora de una vocación imitadora citada por Salazar Bondy, sino más bien una abierta disposición para estudiar con actitud analítica cuanto se produce en la actualidad en lo filosófico, de lo que surge también un filosofar propio, ese que el peruano Salazar Bondy niega diciendo que "no hay todavía ni como pensamiento con estilo propio, ni como proyecto".

Pudimos encontrar los rasgos de una negación del pasado histórico americano en el devenir cultural de estos nuevos pueblos; ello se ha significado como una pretensión de borrar para ignorar totalmente los orígenes en la etapa colonial que los latinoamericanos se niegan a asumir, pero sin advertir que este mecanismo induce formas nuevas de una dependencia colonizante.

Por lo anterior, se dice que hay en la conciencia la Latinoamérica la resistencia obstinada de buscar los perfiles identificadores de nueva raza, pero excluyendo el pasado. Deberá comprenderse, sin embargo, que la evolución de la

historia y del pensamiento debe examinarse con exactitud en virtud de que sólo por este cause se posibilita conocer el desenvolvimiento del conjunto de doctrinas, ideas abstractas y filosofemas, que nos permitirán develar el origen de los hechos humanos creadores de una cultura como punto de referencia eficaz en el propósito de enmarcar la identidad continental.

La filosofía tiene que ser, y en nuestro caso la filosofía latinoamericana, la que permita al hombre de estas latitudes enfrentar su circunstancia, su convivencia con los demás, sin provocaciones de violencia, evitando desbordamientos con sabiduría y templanza. No pretenderemos señalar con lo anterior que necesariamente las viejas doctrinas tengan que acomodarse a la conciencia de las jóvenes generaciones, sin que, asimiladas aquellas e incorporadas, pueden ser, en todo caso, útiles fundamentando las concepciones nueva, o las viejas modificadas, para adaptarlas a circunstancia diferente como lo es la americana.

Para remarcar con la máxima precisión que nos sea posible, lo más relevante de lo expuesto en esta breve investigación, señalaremos los siguientes puntos.

1. Hemos llegado a la convicción de que existe una filosofía latinoamericana.
2. Que tal estructura filosófica parte de las concepciones occidentales, concretamente europeas, que le han servido de fundamento.
3. Que sin pretender originalidad en sus puntos de partida, la nuestra es una filosofía original basada en la incorporación, asimilación y transformación.
4. Este proceso formativo del filosofar latinoamericano tiene su causa en la necesidad de darle un sentido pragmático a la especulación filosófica.

5. En la seguridad de que las comunidades humanas hacen o adoptan el tipo de filosofía que necesitan, esta es indagadora de nuestra nacionalidad, liberadora y anhelante de aportaciones al pensamiento universal.
6. Lo anterior convierte a nuestra filosofía latinoamericana en suficientemente meritoria como para cobrar la importancia de hacerse objeto de estudio, así como lo son la filosofía de la antigua Grecia y la europea del pasado y el presente.

BIBLIOGRAFÍA

- Varios, Ideas en torno de Latinoamérica. Edit. UNAM, tomo I y II, México 1986. Unión de Universidades en Latinoamérica.
- López Díaz, Pedro. Una filosofía para la liberación. (La filosofía de Leopoldo Zea) Edit. Costa-Amic. Editores México.
- Zea , Leopoldo. El Pensamiento Latinoamericano. Edit. Pormaca tomos I y II México.
- Zea, Leopoldo. América en la historia. Edit. F.C.E. México-Buenos Aires.
- Latinoamérica. Estudios Latinoamericanos. 14 México. 1981, Edit. UNAM dirección general de publicaciones.
- Krauze, Rosa. La filosofía de Antonio Caso. Edit. UNAM . México.
- Filosofía y cultura latinoamericanas. Caracas. 1976, Centro de estudios Latinoamericanos " Romulo Gallegos".
- Latinoamérica. Tercer mundo. México. 1976 Edit. Extemporáneos.
- La filosofía actual en América Latina. México 1976. Edit. Grijalbo, con otros autores.
- Martí José. Páginas recogidas. Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar. Ediciones Políticas Edit. Ciencias Sociales. La Habana. 1971.
- Miró Quesada, Francisco y Cols. " Estudios latinoamericanos, dependencia y liberación". Latinoamérica anuario. # 12 del Ccydel. Facultad e filosofía y letras UNAM México, 1979.

Marcuse, Herbert. El hombre unidimensional. México. 1968
Gaos, José. Historia de nuestra idea del mundo. Edit. FCE
segunda re-impresión . México 1983.
Villoro, Luis y Cols. "Las perspectivas de la filosofía en
México" 1980. (las perspectivas del perfil en México en 1980.
8a. edic. Edit. Siglo XXI 1980 pág. 607 y sigs.
Villegas, Abelardo. La filosofía de lo mexicano. UNAM. 1a.
Edic. Edit. Siglo XXI. 1979.